

Capítulo III.



Acuarela que acompaña a la carta

Decidido a perseguir a la Criatura, alquilé un coche tirado por dos hermosos caballos. Uno era blanco y el otro color canela. Como conducir el carruaje por los caminos de las montañas por las que íbamos a transitar era muy difícil, también contraté un cochero experimentado. Cuando le expliqué el motivo de mi viaje me sugirió llevar una escopeta. Esta idea, que al principio me pareció muy mala, acabé aceptándola. No sabíamos qué íbamos a encontrar por los espesos bosques, ni cruzando los riachuelos que debíamos

pasar, ni en los desfiladeros que hay entre los altos Alpes austriacos.

Pasamos por varios pueblos y aldeas. En varios vimos a los esforzados mineros que trabajan las ricas minas de Austria. Nos explicaron que extraen diferentes minerales de las minas: hierro, tungsteno, magnesita, grafito, caolín, sal... Una fuente de riqueza escondida en las profundidades de las montañas.

A la caída de la tarde y después de subir un gran puerto, cansados los caballos y nosotros dos, llegamos al Pico del Águila donde íbamos a pasar la noche. Allí había un viejo monasterio que nos proporcionó refugio. A la mañana siguiente nos asomamos al espléndido mirador del Pico del Águila. Vimos las altas cumbres que nos rodeaban, los bosques y las imponentes cascadas que bajan de las montañas. De repente, oímos un trotar de pezuñas y unos asustados bramidos y del bosque situado debajo de nuestro mirador, salió una manada de ciervos corriendo despavoridos. Detrás de ellos, persiguiéndoles, unas veces corriendo y otras a cuatro patas, una gran figura con forma humana, saltó y dio caza a un cervatillo que se había quedado atrás. Mi cochero disparó la escopeta al aire, los ciervos huyeron y la Criatura, con el cervatillo en brazos, se metió de nuevo en el bosque. Comprendí que la Criatura era capaz de cualquier cosa. Estábamos cerca de ella.

